



## DOS CARTAS INEDITAS DE POSADA GUTIERREZ

Por VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

Con motivo del hallazgo de la carta, inédita del Mariscal Sucre, que hemos transcrito y comentado en el N° 4 de esta misma Revista, estuvimos examinando el mismo volumen N° LXVI. "Excusas de Senadores", de la biblioteca del Senado de la República y nos encontramos con las dos cartas inéditas que enseguida copiamos, a las cuales les haremos también los correspondientes comentarios:

"Excelentísimo señor Presidente del Congreso: Atacado de una enfermedad y peligrosa, me veo en la necesidad de suplicar al congreso del que tengo el honor de ser miembro, se me conceda licencia para retirarme y poder marchar a mi destino, cuyo clima es el único remedio que he encontrado a mi mal.

Es notorio que en los primeros días de enero, me vi en las puertas del sepulcro y hace más de quince que estoy amenazado de una recaída que podrá serme funesta, pero sin embargo, de tan justo motivo he sufrido en silencio y preferido coadyuvar al desempeño de las augustas funciones que han ocupado al congreso, a mi salud y aun a mi existencia.

Más, ya que las verdaderamente importantes han sido terminadas, y que hay un número excedente de diputados para continuar la discusión de las

leyes y decretos pendientes, me atrevo a molestar a mis honorables colegas, rogándoles me concedan la licencia que pido, por ser de rigurosa justicia".

Soy de V. E. muy obediente y respetuoso servidor,

J. Posada Gutiérrez.

Bogotá, mayo 5 de 1830— Tomado del folio 157 - 7 v. del libro citado.

Al margen: Negado. -Hay una rúbrica.

El entonces Coronel Joaquín Posada Gutiérrez, insistió al otro día en su renuncia, con más razones en la forma siguiente:

"Excelentísimo señor Presidente del Congreso Constituyente - Sin embargo, de que respeto (sic) como es mi solicitud de ayer, me veo en la necesidad de insistir en ella, porque no puedo ya sin exponer mi existencia, permanecer un día más en esta capital.

Habia pensado presentar hoy certificación del facultativo que me asiste, pero esto supondría que el congreso dudaba de mi veracidad, y no creo haber dado lugar a que se me hiciese semejante ultraje.

Dígnese V. E. presentar al congreso esta exposición, a quien respetuosa-

mente ruego y suplico que, concediéndome la licencia que pido, me iguale a otros diputados que se han hallado en mi caso.

Con sentimientos de la más alta consideración quedo de V. E. muy atento y obediente servidor,

J. Posada Gutiérrez.

Bogotá, mayo 6 de 1930.

Al margen dice: "Concedido" - Y más abajo: "Se le avisó en la misma fecha". Folio 158 del libro citado.

Como habrán comprendido nuestros lectores que conocen la Historia, esta solicitud reiterada de licencia pedida por el posteriormente meritísimo General Posada Gutiérrez, está relacionada íntimamente con el viaje sin retorno del Libertador a Europa, como era su intención, pero que la muerte le sorprendió en la casa solariega del español señor de Mier, en San Pedro Alejandrino. Para mayor comprensión vamos a hacer un poco de historia:

El 20 de enero de 1830 se instaló en Bogotá el congreso, llamado "Admirable", no propiamente por sus resultados, sino por la calidad de los hombres que lo compusieron. Este iba a ser propiamente la última obra del Libertador, y entre otras cosas, debería recibir la renuncia reiterada de su alto cargo, por razones trascendentales para la república y para la propia honra de su autor. Allí tomaron asiento Sucre, Urdaneta, Carreño, Briceño, Méndez, Carrillo y otros ilustres Generales, como también el obispo de Santa Marta José M. Estévez, Castillo Rada, Félix Restrepo, Vicente Borrero, Gutiérrez Moreno, Modesto Larrea, Camacho Roldán, Posada Gutiérrez y muchos otros más elementos civiles de la patria. El último citado, en sus "Memorias Político - Históricas"

fue uno de los que dieron al congreso el tan conocido título. Dice al respecto: "...aquel conjunto de hombres eminentes que traía a la memoria el antiguo Senado romano que a un embajador extranjero le pareció una asamblea de reyes, me autoriza a decir: aquél fué realmente un Congreso admirable". (1)

Pocas veces se había visto en la Capital una instalación más solemne de congreso alguno como éste, pues empezó bajo la protección de Dios con una solemne Misa en la Catedral, la presencia de las más altas personalidades residentes en la ciudad, los cañonazos reglamentarios en las festividades de inusitado esplendor, la escogencia de Sucre y del obispo Estévez para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, pero al punto vino el lado opuesto, como una antítesis al luminoso esplendor de aquellas inteligencias superiores creadoras de una nueva república y que pretendía el casi imposible anhelo de detener la muerte de la máxima creación del genio de Bolívar. El mensaje leído cuando él salió del augusto recinto, después de la instalación del congreso, suspendió los ánimos y se sintió la onda de escalofrío que produce la iniciación de una tragedia.

El suceso presentado era realmente desolador por los hechos casi interrumpidos de traiciones, connatos de revueltas y de ataques a la Gran Colombia, hechos por sus propios hijos de la región venezolana, el atentado contra su propia vida, los crímenes que se sucedieron, la guerra civil que se prendió en 1829, las incontenibles ansias del Perú, que anhelaba aprovecharse de toda circunstancia valiéndose de los odios de algunos jefes colombianos, para que ese país pudiera "invadir nuestros departamentos del Sur con miras de conquista y usurpa-

ción" (2); pintaba las traiciones de Lamar, las calumnias de que fue víctima. Al referirse sin duda a la revuelta de Córdoba, se expresa así: "aunque un valiente general y sus secuaces han caído en el campo de la muerte, su castigo les vino de la mano del Altísimo, cuando de la nuestra, habrían alcanzado la clemencia con que hemos tratado a los que les han sobrevivido. Todos gozan de la libertad a pesar de sus extravíos" (3).

Pero lo más trascendental de este discurso es la renuncia que hizo de la Presidencia de la República, basado en la propia conveniencia de ella y en el honor de su nombre. Con qué amargura exclama: "Todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha: solo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía. Ah, cuántas conspiraciones y guerras no hemos sufrido por atentar a mi autoridad y a mi persona. Estos golpes han hecho padecer a los pueblos, cuyos sacrificios se habrían ahorrado si desde el principio los legisladores de Colombia no me hubiesen forzado a sobrellevar una carga que me ha abrumado más que la guerra y todos sus azotes" (4).

El mismo día se hizo circular su famosa Proclama, con la cual se completa el cuadro sombrío trazado anteriormente. Campea su irónica frase para zaherir a algunos de sus enemigos a quienes se resiste a perdonar a pesar de sus protestas de olvido. Con carbones encendidos traza en el telón histórico la acción de aquellos que le ofrecieron una corona para que dejase a un lado su título de Libertador. Termina esta admirable pieza: "Compatriotas: escuchad mi última voz: al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros

propios verdugos" -Bogotá, enero 20 de 1830 (5).

Bolívar hace mención en varias partes de este documento, a los enemigos que tenía en Venezuela, quienes lo habían calumniado atrocemente diciendo que él había desterrado o apisionado a varios elementos de valía de ese territorio. La historia, como siempre se está repitiendo, en el sentido de desconocer a los benefactores y de inculpar falsamente achacando sus propias intenciones, a quienes se quiere perder, pues es conocido por los documentos fehacientes de quien cometió tales hechos fué el mismo jefe supremo venezolano. Pero la Historia que es la maestra de la vida, según feliz frase de Cicerón, no mueve jamás a escarmiento y sus lecciones no sirven para enmendar la plana de los errores anteriores. Por ello dice con tanto acierto el general Posada Gutiérrez, en su obra conocida: .. "Pero el libro de la Historia es un libro de recreo. Los hombres no aprenden en él sino a hacer citas, y las lecciones de lo pasado no los contienen nunca, porque las pasiones no piensan" (6).

Por los lados de Venezuela, el hecho de la separación se estaba consumando sin remedio. Para ello se valieron los jefes de toda clase de armas vedadas; que se quería implantar la esclavitud con más sevicia que nunca, que la inquisición recobraría su antiguo prestigio de tortura, que de acuerdo con pactos secretos de la Santa Alianza, Bolívar se coronaría prontamente rey de los Andes, que se desbarataría la igualdad y la fraternidad conquistadas a través de tanto esfuerzo en los campos de batalla y en las elucubraciones de las campañas civiles de la democracia. Se multiplicaron "Las actas populares" contra el Libertador, y su nombre aparecía como una amenaza pública y social. Con estas ar-

mas hábilmente manejadas, es fácil comprender que la chispa inicial se convirtiese realmente en el incendio voraz contra su nombre que, solo más tarde quedaría purificado como el oro por la acción del fuego del crisol. Al escudriñar la historia, no es difícil descubrir que tales pensamientos tal vez si estaban tomando forma real en las conciencias de algunos dirigentes de la antigua capitania, pero jamás en el Libertador, cuyo amor por la democracia era sincero.

Venezuela cada día pensaba en dar golpes mortales a la Gran Colombia o al "Gobierno de Bogotá" como lo llamaba irónicamente. Pero lo más inaudito del caso fue la nefanda actitud del general Juan Nepomuceno Moreno, quien se pronunció el 9 de abril en Pore, -Casanare- aclamando la separación de esa extensa región que la declaraba anexada a Venezuela.

Es curioso que en la proclama que lanzó el traidor militar el 9 de abril de 1830, fechada en Pore en pleno Casanare se intitulaba general de los Libertadores de Venezuela, general de brigada de sus ejércitos, gobernador de este estado etc. El infame mamotreto de este colombiano del "Centro" termina así: "...Identificados y unidos a la heroica Venezuela, formamos ya una sola familia, y bien pronto sus valientes se reunirán con nosotros para cubrir las fronteras de la patria... Y cuando la fortuna (nuestra protectora contra la tiranía) nos negara sus favores, triunfarian sobre montones de cadáveres, porque está decretado: Morir o ser libres" (7). De modo que este general renegado fué el primer "nueve abrioleño" de que nos cuenta la historia, con fines verdaderamente proditorios.

La disolución de la Gran Colombia era realmente un hecho que ya se había cumplido en Venezuela por obra

y gracia del general Páez en Valencia y se estaban dando los pasos para hacer lo mismo en los departamentos del Sur, es decir en lo que hoy es el Ecuador, también por actividades del venezolano Juan José Flores, de muy poca feliz memoria en muchas partes, por haber sido tristemente vencido en Pasto, por el gran Agualongo y porque quiso traicionar a su patria adoptiva del Ecuador, queriéndole coartar su soberanía, para ponerla bajo la protección de una nación europea y por su odio reconcentrado y sistemático al mariscal de Ayacucho.

La historia ha recogido también infinidad de documentos del mismo centro de la república, en donde se comprueba que él quería la separación de los demás departamentos para que Colombia quedase reducida a los límites que hoy tiene, con pequeñas diferencias, y aún los mejores partidarios de Bolívar querían defecionarle sobre este punto para él de tanta trascendencia, como se comprueba con las actitudes de Castillo Rada y del mismo Urdaneta, quien estaba profundamente resentido, por ser excesivamente rencoroso, cuando Bolívar en el congreso admirable dijo que en la presidencia de esta alta corporación quedaba Sucre, "el mejor de los generales de Colombia". Como dice Restrepo, a nadie se escapaba el odio que el futuro dictador de Colombia que cayó fácilmente en las Juntas de Apulo, tenía al libertador del Ecuador y del Peru, en sus máximas campañas de Pichincha y Ayacucho. Sábese también que Castillo presentó, como aparece en las actas del Congreso Admirable, una moción tristemente célebre en contra de las aspiraciones del Libertador, para suspender el examen del proyecto de constitución que se debatía, y dándoles en cambio "un reglamento provisorio con todas las garantías y

que se elijan un presidente y un vicepresidente que con un senado o consejo dirijan la república, hasta que en mejores circunstancias se reúna la representación nacional y se dé la constitución que convenga". (8)

Cuenta también el señor Restrepo que mientras el congreso estaba debatiendo los artículos de la nueva carta, llegó de Popayán una exposición firmada por notables de esa ilustre ciudad, "en que manifestaban su opinión de que sin grandes esfuerzos y costosos sacrificios no se podía conservar la unión Colombiana, porque Venezuela parecía estar decidida a sostener su separación; que en tales circunstancias nada adelantaría el congreso con dar una constitución para Colombia, pues no sería aceptada ni obedecida; que los granadinos de ningún modo querrian hacer la guerra a los venezolanos para someterlos a la constitución que dictara el actual congreso, guerra cuyos gastos arruinarían a los pueblos y de que no se sacaría la menor utilidad. De este y de otros antecedentes inferían que debería disolverse el congreso constituyente, sin acordar constitución alguna y convocarse otro de la Nueva Granada para estatuir las leyes fundamentales que habían de regir bajo el sistema que se adoptase, bien fuera el Central o el Federal. El señor Joaquín Mosquera fué el jefe de esta opinión, y quien le dió mucho séquito sosteniéndola con su influjo y con razones en un periódico "El Meteoro" (9).

Y no pararon allí los golpes directos al corazón de Bolívar. Conocida fué la defección del Batallón Boyacá, compuesta en su mayor parte de militares venezolanos. Hubo amigos que aconsejaban al Libertador que no renunciara porque al par que aparecería como una debilidad de su parte, comprometía gravemente a sus par-

tidarios dejándolos a expensas de sus enemigos irreconciliables que aún aplaudían la conspiración septembrina. El mismo Castillo Rada aconsejábale que permitiese la desmembración de Venezuela como un hecho cumplido, que nuestros granadinos eran partidarios de ello y que por otra parte que renunciara a la Presidencia de la República, cosa que también aconsejóle su amigo Urdaneta, quien obraba siempre bajo el peso de rencores de su reducida situación psicológica de resentido por asuntos baladíes, aunque ciertamente dichas por la boca de Bolívar. De allí que la contestación de este a aquel fue severa como convenía a las circunstancias.

El Libertador tuvo que insistir en su renuncia en vista de la difícil situación que se le presentaba, pues su presencia servía para alimentar infinidad de calumnias por parte de los venezolanos en general de los enemigos del interior que cada día eran más numerosos. De allí que en vista de que el Congreso no se resolvía a tomar esta máxima determinación, encargó por un decreto de la presidencia del consejo de ministros a Domingo Caicedo y él se retiró a la Quinta de Fucha, con el fin de tranquilizar su espíritu y tomarse unos días de descanso, pero en realidad, fué para no volver a ocupar el poder, ni tomar parte activa en el gobierno, con excepción de su presencia en el supremo consejo para intervenir en un caso grave de la patria.

Por fin decidióse el Congreso Admirable a hacer las elecciones de los supremos mandatarios, ya que se admitió que el decreto orgánico de 27 de agosto de 1828, conocido como el de la Dictadura, quedaba abrogado definitivamente, y por lo tanto, el Poder Ejecutivo que había regido los destinos en esa forma desde aquella fecha que-

daba sin valor. Sabidos son los incidentes de las respectivas elecciones, pues bién pudo haberse elegido presidente al Dr. Eusebio María Canabal ya que el primer escrutinio le dio 26 votos y 16 a don Joaquín Mosquera, mientras que el doctor Caicedo apenas obtuvo 5. Pero aquí presentáse por primera vez una coacción singular del pueblo, o mejor dicho, de las barras del congreso, compuestas en su mayor parte, de estudiantes, quienes según cuenta el general Posada Gutiérrez (10), se necesitaban los votos de las dos terceras partes, por lo cual se contrajo la votación a los dos primeros. Pero temiendo la concurrencia que el resultado fuera necesariamente igual "los espectadores, entre los cuales figuraban principalmente los colegiales, prorrumpieron en gritos y amenazas, y la voz de "vamos a llamar al pueblo para que impida esta elección", se dejó oír, corriendo un grupo considerable hacia la puerta, gritando "a las armas", mientras otros amenazaban casi saltando la barra. Naturalmente este inesperado ataque, sorprendió a los congresistas, pero el diputado por Cartagena, señor García del Río, pudo dominar la situación e increpó a sus compañeros por la posible cobardía de dejarse avasallar por esos gritos, que coartaban indudablemente la libertad de esa alta entidad representativa. A pesar de todo, el miedo cundió entre muchos de ellos y se oyó la frase "Evitemos mayores males", como el 7 de marzo de 1849 se oíría otra semejante en las elecciones de ese día para presidente de la República, con lo cual se prueba que en determinadas circunstancias, la historia se repite, con las indispensables variaciones de época y de panorama psicológico. El grito aquél dio los resultados apetecidos, pues no salió elegido el señor Canabal, sino don Joaquín Mosquera,

y vicepresidente el general Caicedo. El general Posada Gutiérrez, cita algunos artículos del periódico "La Aurora", marcadamente opositorista de Bolívar, en que se trataba de desfigurar los hechos, en donde dice que el pueblo se impuso para evitar que el vencedor en el primer escrutinio saliese elegido presidente, porque no era sino un simple instrumento de los planes del Libertador, por lo cual prorrumpió en gritos de desagrado ante ese peligro, y en cambio aplaudía sin medida a Mosquera, cada vez que su nombre se leía en la correspondiente papeleta, "en uso del derecho que tienen todos los ciudadanos de todos los países libres, para aplaudir o no aquello que crean conforme o contrario a sus intereses y bienestar". No existió sin embargo, el menor desorden y solo se notaba en los espíritus aquella desagradable agitación que ordinariamente produce la idea de verse un pueblo hecho juguete y la víctima de la intriga, de la traición y de la mala fe.

El general Posada Gutiérrez, en su primera carta inédita que hemos transcrito, dice que pide licencia para separarse, entre otros motivos, porque las más importantes de las augustas funciones del congreso han sido terminadas y que por otra parte hay un número excedente de diputados para continuar las pocas discusiones que quedaban pendientes. Pasemos rápidamente a examinar las principales: División territorial y del Poder Público, la Religión, Consejo de Estado, Poder Judicial, prefectura de departamentos y gobernadores de provincia, Consejos, garantías militares y civiles, abolición de la pena de confiscación, aunque ciertamente se daba esta Constitución para la república de la Gran Colombia, sabiendo que era un hecho cumplido la desmembración

de Venezuela y que vendría como una consecuencia lógica la de los departamentos del Sur. Por ello, la palabra "Admirable", dada al congreso por Bolívar y recalcada por Posada Gutiérrez y otros diputados, fué motivo de befa sin cuento en Venezuela, porque se estaba legislando para una república inexistente. Pero a pesar de todas estas críticas, queda para su honra constante la expedición del Decreto de Honores a Bolívar, que aparece publicado en el acta del 4 de mayo de 1830 (11) y que se aprobó el 9 del mismo mes. En este documento memorable, se habla de que Bolívar dio vida y existencia a Colombia, y su nombre lo extendió gloriosamente en el mundo por sus servicios heroicos a la causa americana; que ha dejado de ser presidente, por renuncia voluntaria y que su desprendimiento constante, lo hace merecedor de la eterna gratitud. Por ello en donde quiera que el Libertador se encontrase, sería tratado con el respeto y consideración debido a sus méritos, como primer y mejor ciudadano de Colombia. Su artículo tercero y último dice textualmente: "El Poder Ejecutivo dará el más puntual y exacto cumplimiento al decreto del congreso de 23 de julio de 1823, por el cual se concedió al Libertador Simón Bolívar, la pensión de treinta mil pesos anuales, durante su vida, desde el día en que terminasen sus funciones de Presidente de la República; y esta disposición deberá tener efecto, cualquiera que sea el lugar de su residencia", Dado en Bogotá, a 9 de mayo de 1830 (12).

No es el caso aquí de historiar lo que sucedía en cambio en la propia patria de Bolívar, en donde el odio al grande hombre se exteriorizaba en una forma inaudita y que en otros escritos nuestros hemos comentado detenidamente, hasta el punto de que se llegó

a extremos tan criticables, como el de poner a precio su cabeza en caso de que se lograra cogerlo.

El señor Restrepo en su obra citada, con la independencia que lo caracteriza, dice que los hombres encargados del gobierno, realmente no eran los más apropiados para detener el oleaje que amenazaba hundir el barco de la Gran Colombia. El Presidente carecía de experiencia en el manejo de esos grandes negocios y era muy posible que fallase su firmeza, mientras que el general Caicedo, más que un militar de renombre apenas "era un gran corazón" y muy débil en el ejercicio del poder, y precisamente a él tocó ejercerlos por ausencia del titular, quien se encontraba en Popayán. El señor Restrepo se extiende en juiciosas observaciones, como corresponde a su talento, ya que en esta forma, entra a la filosofía de la historia, por analizar las circunstancias de los fenómenos de esta clase y observa cuál habría podido ser el resultado si las cosas no hubiesen pasado de esa manera. (13).

Quién habría sido el hombre providencial en ese momento histórico? Indudablemente que la persona más indicada habría sido el mismo general Sucre, a pesar de que contra él, también se había desatado entre los granadinos, un odio inaudito, hijo de la incomprensión y de las pasiones políticas que, por desgracia han azotado a la patria en cada momento crucial de su propia vida. Pero el "más digno general de Colombia", como le llamó el Libertador, en la fecha memorable que hemos hecho mención en estos comentarios, no podía ser elegido presidente, porque de acuerdo con moción presentada por Caicedo en el congreso, su edad se lo impedía, pues el astuto amigo condicional de Bolívar, sabía manejar las fichas del ajedrez

político con cierta habilidad. Por otra parte, dice Restrepo: "Así, cuando muchos diputados pensaron elegir a Sucre, ya no podían hacerlo porque se lo impedía aquella disposición indebida y perjudicial en extremo. Sucre, de ningún modo se dio por ofendido; pues manifestaba una aversión decidida a mandar en Colombia, despedazada por tantos partidos, a lo que sin duda contribuían sus desengaños en el Perú y Bolivia y el amor que tenía a su familia". (14)

Ciertamente que si se hubiese elegido Presidente de la República al Mariscal de Ayacucho se habría evitado el viaje a Quito, o mejor dicho a la eternidad que ya lo estaba acechando paso a paso, hasta culminar en la tragedia de la angostura de las selvas de la Jacoba a dos kilómetros de la actual ciudad nariñense de la Unión, y no en las montañas de Berruecos, como aún se sigue diciendo por la mayor parte de los historiadores. Pero nadie sabe los designios de la Providencia. Cuanto se pueda decir sobre la determinación de Sucre, es poco para indicar lo que los paganos habrían dicho, recogiendo el título del duque de Rivas: "La Fuerza del Destino". Qué misteriosas fuerzas ocultas intervienen siempre en la vida de los hombres! Parece que el fatum griego se interpusiera a cada instante para marcar los derroteros humanos y cambiar la senda de los acontecimientos. Es claro que, de haber sido elegido Sucre, Presidente de Colombia, también se habría desmembrado la patria grande creada por Bolívar en el Congreso de Angostura, el 17 de diciembre de 1819, porque los ineluctables hechos de la historia habían marcado su rumbo misterioso del destino, pero no habría sido asesinado en la Jacoba. Más su raya había llegado y en la clepsidra de la vida estaban

cayendo los últimos granos de su arena!

Dijimos que Sucre había sido elegido Presidente del congreso admirable, y en tal forma ejerció su cargo hasta que fue comisionado por Bolívar en compañía del obispo Estévez de Santa Marta, compañero de diputación, para entrevistarse con las autoridades de Venezuela, como lo dijimos en el anterior comentario sobre la carta inédita del Gran Mariscal que se publicó en esta revista. Por tal motivo, hubo necesidad de hacer una nueva elección de presidente, que recayó en la persona de don Vicente Borrero de la circunscripción de Popayán, a quien tocó presidir esa alta corporación de mayo de dicho año del Señor. Los comisionados fracasaron dolorosamente en su empresa patriótica, porque encontraron allí, la determinación definitiva de la desmembración de Colombia por parte de esa región. Sucre regresó a Bogotá, el 5 de mayo, e inmediatamente se entrevistó con Bolívar para darle cuenta de sus gestiones, de modo que no es verdad lo que dicen algunos historiadores que llegó Sucre a la Capital, cuando aquel ya se había ido Magdalena abajo, hacia la eternidad, y que por tal motivo, en el propio escritorio del Libertador, redactara aquella carta que fue rociada con lágrimas de despedida.

Es conocido de todos, el mal estado de las finanzas del Libertador, pues él que había nacido rico y que tuvo en sus manos el destino de tantas repúblicas por él libertadas, estaba si no en la miseria, sí pobre, pues tuvo que entregar su vajilla de plata a la casa de la Moneda, lo que le produjo la pequeña suma de \$ 2.500 y con la venta de otras joyas y demás vituallas, alcanzó a reunir unos \$ 17.000. Es cierto que el congreso le había señalado la pensión de \$ 30.000 anuales,

durante su vida, pero como le decía al apoderado de sus bienes en Caracas, para que le vendiera cuanto antes lo que poseía en esa ciudad, sobre todo las famosas minas de cobre en Aroa, no quería contar sino con lo propio, ya que aquella pensión bien podría disiparse por algún cambio de gobierno y deseaba tener la seguridad de poder vivir decorosamente en Europa.

De Quito se dirigieron al Libertador, para decirle que estaban abismados ante el proceder de sus compatriotas de Venezuela, que le cerraban las puertas de su propia casa, con los dicterios más audaces y calumniosos, en cambio le ofrecían la ciudad para tenerlo allí como en un santuario, con todas las comodidades posibles, y el respeto que se debe dar al Libertador. "Venga vuestra excelencia -se le decía a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de respeto y gratitud que se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga vuestra excelencia a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a deplorar con ellos los males de la patria, Venga vuestra excelencia, en fin a tomar asiento en la cima del Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia y a donde ningún otro mortal sino Bolívar puede respirar con gloria inefable" (14). Prescindiendo de la fácil ironía que pudiera hacerse sobre la invitación a "tomar asiento en la cima helada del Chimborazo", consuela el alma que por los lados del sur de Colombia, se hubiese presentado la oportunidad de demostrar tan noble corazón, mientras que en su propia patria era tan vejado y objeto de las más bajas calumnias.

El día 6 de mayo, Bolívar llamó al general Posada Gutiérrez para agradecerle (15) la participación que él había tenido en la redacción y apro-

bación del decreto de honores mencionado. Como gobernador de la provincia de Mariquita, al parecer de acuerdo con el general Pedro Alcántara Herrán y el vicepresidente de la República, a quienes además les había ofrecido una compañía de granaderos, para acompañarlo hasta Cartagena, bien podría el general Posada ir hasta Honda con el fin de prepararle el viaje por río, en cómodos champanes, los únicos elementos o vehículos para aquel largo e incómodo viaje. El Libertador, le dijo estas palabras:

"Si usted pudiera anticiparse a hacerme este servicio, se lo agradecería —Yo, oprimido el pecho dice Posada— le contesté que miraba aquel encargo como una honra para mí, que **pediría licencia al Congreso para separarme** y me esforzaría en llenar sus deseos con la prontitud posible. El general Herrán también me habló sobre el particular; y de acuerdo con este, envié anuncio el mismo día a mis amigos de Honda para que fueran anticipando algo sobre champanes y bogas (porque en ese tiempo no había vapores) y para preparar lo necesario en mi casa para recibir dignamente al ilustre huésped. Aquella confianza probada que había cesado toda prevención del Libertador contra mí, si es que la tuvo, sobre mis opiniones sobre que debía reelegirse Presidente, y por la amistad con que me honraba el general Urdaneta y el señor Castillo Rada, con quienes, ya hemos visto que estaba en desacuerdo y resentido". (16).

En primer lugar, al leer cuidadosamente este párrafo transcrito, se ve que al general, le estaba traicionando algo la subconciencia, pues no había motivo para decir que Bolívar podría haber estado resentido por el hecho de no haberlo querido reelegir Presidente de la República. El Libertador quería salir del país para su propia tran-

quilidad y salud, y por otra parte, aunque ello no hubiese sido la causa principal, sí era un motivo poderoso, el que la situación política de la Gran Colombia exigía su separación, ya que la tempestad venezolana quería invadir el propio terreno granadino, hasta el punto de que el mismo jefe de aquel gobierno, el general Páez, pretendió y dio los pasos precautelativos para invadir nuestro territorio, con el pretexto de salvar este departamento "de la tiranía de Bolívar". (17).

El 7 de mayo, la ciudad amaneció estremecida con los preparativos del batallón "Granaderos" y el escuadrón "Húsares del Apure". Los "Cachacos Estudiantes" invadieron las calles y pretendieron hacerlo con algunos cuarteles, y ya que no pudieron otra cosa, dieron de estocadas y sablazos al retrato de Bolívar. El general Urdaneta avisado del complot, por boca del general Posada Gutiérrez, acudió solicitado al cuartel del primero de los cuerpos nombrados y allí pudo saber que a él no se le obedecía sino al general Portocarrero, quien había defecionado a sus superiores y estaba preparando viaje para regresar a Venezuela. Mientras tanto, el Libertador era huésped del general Pedro Alcántara Herrán. Urdaneta era recibido por el pueblo con vítores y aplausos sospechosos. Herrán diplomáticamente pudo arreglar en su parte las peticiones de Portocarrero, sobre paga de soldada a las tropas y el paso libre de algunos de los soldados con sus respectivos jefes.

Es muy triste y doloroso pensar la manera cómo se entendía por los enemigos el viaje de Bolívar, quien, para ellos no iba al exterior, sino a invadir otra vez a Venezuela, para dominar el alzamiento consumado de Páez, y retornar a Bogotá a exterminar prácticamente con un degüello

general de enemigos. Es curioso también el observar lo que aconsejaban los abogados leguleyos, quienes aferrados al artículo tal del decreto o la ley cual, el Libertador no podía salir del territorio de su mando, so pena de hacerse un criminal y que por consiguiente, que el inciso como el de la ley fulana o zutana, como si fuese una gente cualquiera, lo impedía so pena de determinada sanción, según lo reza el inciso k ó mejor j, de tal disposición penal vigente.

En la mañana del 8 de mayo, día de su partida para el país de donde no se torna, dice Posada Gutiérrez le llegó una manifestación suscrita por los más sobresalientes de la ciudad capital, en donde ellos hacían demostraciones de sincera adhesión y recordaban sus esclarecidos méritos. El noble documento termina así: "El cielo, que ha velado sobre vuestra conservación sacándoos indemne de tantos riesgos, prospere vuestros días y derrame sobre vos todas sus bendiciones a que os hacen tan digno vuestras sublimes virtudes" (18). Ciertamente, el Libertador recibió con este papel un gran consuelo que se acrecentó con la lujosa comitiva de despedida, compuesta por lo más granado o valioso de sus amigos dilectos, casi todo el cuerpo diplomático, muchos militares sobresalientes, la colonia inglesa, que acompañó al héroe máximo por varias leguas de camino y algunos hasta la primera jornada del viaje, que entonces era Facatativá.

Ya vimos cómo el general Posada Gutiérrez se comprometió a hacer el viaje a Honda para preparar el de Bolívar por el río Magdalena abajo. De modo que la licencia que él pidió a la presidencia del congreso, tiene ese único fin, y así lo pudieron entender los enemigos de Bolívar, quienes

influyeron poderosamente en el ánimo de esa alta entidad para que se negara la noble solicitud. Es verdad que el general había estado enfermo días antes, pero también fue notorio que sus males no eran de los que hacen peligrar la vida. Vivía en Honda en donde gozaba de buenas comodidades.

Desde allí se hacían siempre los preparativos para el largo viaje de navegación modorrosa por el río, y nadie más aconsejado que su dilecto amigo de siempre, quien podría también intervenir favorablemente para evitar cualquier desavenencia y hasta resquemores, de parte de los exaltados enemigos del lugar o de personas que hubieran podido hacer el viaje hasta allá, con el fin de ponerle contratiempos peligrosos que hasta hacían temer por su preciosa vida ya declinante, cuya sombra se alargaba a medida que se pone el sol, para decir con más veras la frase de Choquehuanca, no el cura sino el doctor que fue quien la pronunciara en época memorable que recogió la historia.

En la carta transcrita y en el original, según lo dijimos al principio, aparece la constancia de: "Negado". De allí que el general Posada Gutiérrez insistiera al otro día, 6 de mayo, con mayores argumentos y con profunda amargura. Era claro que él ya no podía permanecer un día más en Bogotá en aquellas circunstancias, pues era necesario marchar rápidamente a Honda con el fin de cumplir las obligaciones que se había y le habían impuesto con respecto al viaje del Libertador. El general Posada Gutiérrez se vale de todos los subterfugios honorables para conseguir que el congreso le concediera la licencia solicitada, y por ello dice que su presencia en Bogotá, además de ser innecesaria, por haber quorum reglamentario para debatir las pocas cuestiones que estu-

viesen pendientes, su vida corría peligro debido a sus crueles enfermedades que realmente no existían.

El argumento Aquiles del noble amigo fue el que pretendió por un momento presentar las certificaciones de los facultativos que lo asistían en sus "crueles males", "pero esto supondría que el congreso dudaba de mi veracidad, y no creo haber dado lugar a que se me hiciese semejante ultraje". Por otra parte, ya había concedido a otros diputados la licencia solicitada y sin los argumentos presentados por él, así como más tarde, según ya lo hemos visto, el Gran Mariscal de Ayacucho presentó su petición de licencia por simples motivos de familia, pero, como se ha dicho, la razón de su viaje era otra: la de cumplir una recomendación de Bolívar sobre el peligro de la separación del Ecuador, en lo que había insistido en varias entrevistas después, el mismo general Caicedo, encargado del Poder Ejecutivo.

Es claro que el general Posada Gutiérrez no habría podido presentar los comprobantes aludidos, como tampoco se los pidió la directiva del congreso porque habló detenidamente sobre el particular, con el Presidente señor Borrero y con el general Rafael Urdaneta, quienes movieron a esa alta corporación a concederle la licencia solicitada.

Pero el general recomendado no pudo salir inmediatamente que se le concedió, que fue el mismo día, según lo anotado en el mismo memorial, porque como él lo dice en sus "Memorias", (19) quería permanecer como un centinela desvelado para que el decreto de honores a Bolívar no corriera la suerte de otros que se quedaron para siempre en el papel, sin la aprobación definitiva. Más como al esperar la solución, habría quedado sin cumpli-

miento su mandato, tuvo que salir de Bogotá el 8 de junio, antes que el Libertador, que partió el mismo día, pero a marchas forzadas pudo llegar con mucho tiempo de anticipación a su destino, como él lo relata en la página citada.

La recepción que el general preparó a Bolívar en la ciudad de Honda fue verdaderamente una apoteosis. El Concejo, los empleados públicos y lo mejor de la ciudadanía salió al puerto a recibir al héroe ya vencido por la ingratitud y por sus enfermedades que lo hacían aparecer como un viejo de sesenta años. Discursos, aclamaciones, expectativas, esperanzas, todo pasó ante los ojos cansados del Libertador. Era la despedida hacia lo desconocido. Era el viaje sin retorno. La Historia empujaba su espíritu a las playas hospitalarias del Caribe y a la blancura solemne de la Sierra Nevada, como un símbolo eterno de una flecha luminosa que ha de llegar al cielo.

Después, vinieron los paseos a las minas de plata de Santa Ana, los llanos de Mariquita, con su oasis del riachuelo de Padilla, sus consideraciones sobre el pasado de su vida, sobre el porvenir de la patria, sus trágicas decepciones, sus conceptos sobre la vida y la historia, la pequeñez de la

grandeza humana, la envidia y su cortejo de bajezas, y por último el día de la partida por el turbio Magdalena, imagen perenne de esta pobre humanidad corrompida que lleva en su corriente, todas las linfas puras de sus afluentes para mezclarlos con todos los detritus que encuentra a su paso, a fin de agigantar sus caudales de ignominias.

Al tiempo de embarcarse en el champán de "gala" con piso de esteras de esparto, con forro de zarazas y "con piedra de destilar para clarificar el agua fangosa". el Libertador regaló a su amigo dilecto que le había preparado el viaje en esa forma, la medalla de oro con su busto y le dijo estas palabras: "Use usted este recuerdo mío en mi nombre" (20). Y después se embarcó, pasó a la popa, de pies como una estatua, saludó a todos con el sombrero de anchas alas en la mano. Los ojos y las almas lloraban al ver al héroe sobre los lomos indómitos del "camino que anda" incesantemente para morir en el mar. Un solo grito salido de varias bocas leales, rompió el majestuoso silencio del panorama inolvidable: "Viva el Libertador". El eco lo devolvió deformado y se perdió en la selva milenaria. Y al escuchar la frase digna, la muerte, que lo acompañaba, sonreía implacable!

## NOTAS

(1) **Posada Gutiérrez.** Memorias Histórico-Políticas.

Bogotá. Imprenta Nacional. T. I. 1929. XXVI + 413 págs. (Biblioteca de Historia Nacional, Vol XLI) Vol. XLI. Cf. p. 343.

(2) Cf. Idem p. 354.

(3) Cf. Ibidem p. 346.

(4) Cf. Ibidem p. 346.

(5) Cf. Ibidem p. 348.

(6) Op. Cit. Ibidem p. 350.

(7) Op. Cit. T. II - p. 32.

(8) **José M. Restrepo.** Historia de la Revolución en la República de Colombia. Bogotá. T. VIII. Ed.

- Iqueima. 1950. Cap. XXVII. Cf. p. 38.
- (9) Cf. Ibidem p. 39.
- (10) Posada Gutiérrez. Op. Cit. T. II. (Biblioteca de Historia Nacional, Vol. XLII; 417 págs.) pág. 57.
- (11) Cf. Ibidem p. 68-9.
- (12) Cf. Ibidem p. 69.
- (13) Restrepo. Op. Cit. T. VIII. p. 68.
- (14) Cf. Ibidem p. 60.
- (15) Posada Gutiérrez. Op. Cit. T. II. p. 72.
- (16) Cf. Ibidem p. 73.
- (17) Restrepo. Op. Cit. Cap. XVI. p. 52
- (18) Posada Gutiérrez. Op. Cit. T. II. p. 83.
- (19) Cf. Ibidem p. 89.
- (20) Cf. Ibidem p. 96.
- 

*“Los relatos de Posada Gutiérrez no tienen otro fundamento que la evidencia de los hechos, una vez realizados los esclarecimientos a que se siente obligado un historiador de responsabilidad, y después de haber pasado por el tamiz de la crítica, vale decir, por su propia conciencia de patriota, todo ese material histórico que arrojan de común acuerdo, la propia experiencia, los documentos veraces, los testimonios de terceras personas, las investigaciones realizadas, en los sitios de los sucesos o en el silencio de los archivos. Posada, según lo afirma en repetidas ocasiones, no lanza una afirmación ni refiere un suceso sino después de haber agotado humanamente las posibles fuentes de la verdad. En este particular su celo no tiene límites.”*

RAFAEL MAYA